

IDENTIDAD DE AMERICA LATINA Y PATRONES EXTERNOS

Leopoldo Castedo

Universidad de la República
Santiago

Los empeños por desentrañar y determinar las esencias de lo latinoamericano y, por ende, llegar a definiciones plurales sobre la identidad de estos pueblos, alcanzan dimensiones insospechadas y sin paralelo. En la edad contemporánea ningún otro grupo humano se ha preocupado con tan angustiosa insistencia como el iberoamericano por la definición de su identidad, a partir, sobre todo en tiempos recientes, de la duda, en forma de reticente “*mea culpa*”, acerca de su propia existencia, duda que comienza por el conflicto original del nombre mismo de este conjunto de naciones. (1)

Durante los últimos veinte años, pensadores, artistas, poetas, novelistas, críticos, ensayistas, de México a la Argentina y Chile, han generado, en efecto, una nutrida bibliografía de introspección, desde los ensayos periodísticos de Arciniegas hasta los filosóficos de Zea. Libros y artículos de los Miró Quesada, Ángel Rama, Octavio Paz, Sebastián y Augusto Salazar Bondi, Uslar Pietri, Felipe Herrera, Jorge Millas, Eduardo Galeano, Darcy Ribeiro, Marta Traba, Dardo Cúneo, Rodríguez Monegal, Ramón Xirau, Mario Benedetti, Efraím Cardozo, Carlos Rangel, Lezana Lima, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, José Luis Romero, más un posible y largo etcétera, constituyen un nutrido repertorio de ideas, análisis incitaciones, de la más variada índole y, con frecuencia, de encontradas postulaciones. (2)

La angustia por encontrar—o negar— su identidad en estas generaciones recientes reanuda, con mayor fuego que nunca, similares motivaciones nacidas poco después de proclamada la independencia política. Y aún antes. En 1823, cuando todavía no se había consolidado aquella en Junín y Ayacucho, Andrés Bello aspirada a la independencia espiritual e intelectual en las primeras de sus *Silvas Americanas* (3) incitando a la Poesía a abandonar las gastadas tierras de Europa y renacer en las naciones jóvenes del Nuevo Mundo:

Divina poesía

tú de la soledad habitadora a consultar
tus cantos enseñada con el silencio de la
selva umbría; tú, a quien la verde gruta
fue morada, y el eco de los montes
compañía; tiempo es que dejes ya la
cultura Europa, que tu nativa rusticidad
desama, y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón tu gran escena...

Olmedo (4), imaginaba en su “Canto a Bolívar”, el surgimiento de una “Federación hispanoamericana de naciones laboriosas y libres” con pensamiento propio, desiderátum que estaba ya esbozado antes en la “Escuela de la Concordia” del mestizo —que mucho se honraba de su condición— Santa Cruz y Espejo. (5)

Desde las incitaciones contemporáneas a la lucha por la independencia hasta el “Ariel”, publicado simbólicamente por Rodó en 1900 (6), la feliz amalgama de acción y pensamiento que define al escritor hispanoamericano del siglo XIX está en buena parte centrada en el mismo ideario, en la misma búsqueda de la entraña americana, expresada tanto en la unidad de los intelectuales como en el afán por la independencia de las ideas. Con ligeras variantes, estas motivaciones animan la obra de José Victorino Lastarria (7), Francisco Bilbao (8), José Martí (9), Eugenio María de Hostos (10), Domingo Faustino Sarmiento (11), Manuel González Prada (12), Juan Montalvo (13), y otras figuras que hallaron en Chile, en 1842, el “asilo contra la opresión” (14).

Después del “arielismo” —al margen de las estimulantes incitaciones de Rodó— involucrado en ellas— una nueva actitud da estructura a esta unidad de pensamiento y a esta indagación sobre lo propio envueltas, ahora más que nunca, en una aspiración universal: qué es América, no sólo en cuanto América en sí, sino en cuanto integradora de una cultura más amplia a la que pertenece por derecho propio. Tal desiderátum hunde sus raíces en la tarea universal de Baldomero Sanín Cano (15) y fructifica, desde variadas y concordantes actitudes en la de Alfonso Reyes (16), Pedro Henríquez Ureña (17), Mariano Picón Salas (18), José Vasconcelos (19), Ezequiel Martínez Estrada (20). En cuanto a la angustia de la frustración política, y sobre todo, en José Carlos Mariátegui (21).

De tan nutrida trayectoria “en busca de nuestra expresión”, según postulaba Pedro Henríquez Ureña en sus “seis ensayos...” derivan una serie de interrogantes. Su enunciado podría servirnos para proponer un sistema que nos condujera al hallazgo de ciertas respuestas.

¿Existe América Latina —o Iberoamérica— en cuanto entidad cultural?

Por ende, ¿se puede hablar de una cultura ibero o latinoamericana?

En el supuesto de que tal entidad cultural sea cierta ¿constituye un todo?, o, por el contrario, ¿es el resultado de la agrupación de diversas y aún encontradas entidades culturales bien diferenciadas?

Acceptada la vigencia de una “cultura ibero o latinoamericana” similares motivos justificarían la de una “cultura europea”, de una “cultura asiática”, de una “cultura africana”, ¿son acaso estos tres últimos términos válidos?

¿Reaccionan de igual manera todos los países ibero o latinoamericanos ante la presión de los llamados “imperialismos”, sean estos económicos, militares, políticos y, sobre todo, culturales?

En la relación, conflictiva de suyo, entre países dominadores y países dominados ¿hay diferencias en la segunda condición entre Iberoamérica, Asia o África?

¿Es lícito postular la determinación de una identidad cultural basándose primordialmente en aproximaciones negativas, en el “ser por omisión”?

Vano sería el empeño por proponer aquí respuestas a tan variadas interrogantes suponiendo incluso que tales respuestas tuvieron algún sentido.

Sin embargo, parece cuerdo atacar la última, sobre todo por su vigencia en este momento histórico desconsolador para muchos países iberoamericanos.

La aspiración inconsciente al reconocimiento de una personalidad diferenciada, etapa preliminar a la consecución ulterior de una identidad, se genera en América con la propia conquista. Las diatribas de Las Casas contra la codicia del encomendero, el abuso de poder, la prevaricación y el sojuzgamiento del indio, entrañaban de suyo el derecho de sobrevivencia de un mundo que por ser nuevo, era también distinto. Y su contendor, en la célebre controversia de Valladolid, el leguleyico y hábil Cronista Mayor, Ginés de Sepúlveda, defensor a ultranza de la legitimidad de la conquista, no hacía caudal tanto de las acusaciones del Obispo de Chiapas como de la necesidad de fortalecer las peculiaridades de la parte alicuota de un todo nacional.

Las alusiones indianas de los más, entre las lumbreras del Siglo de Oro español, casi todas desconsoladoramente peyorativas, mostraban asimismo el reconocimiento y la personalidad de otro mundo, de otra sociedad, ya desgajada, en muchas de sus motivaciones esenciales, de la matriz. (22)

A esta realidad socio-cultural, adobada por las variantes regionales y étnicas y por el mestizaje, responde los cambios en la política indiana de la metrópoli. La era de las Habsburgo, hasta comienzos del siglo XVIII, se caracterizó por el empeño en el control absoluto de toda actividad económica y la escasa participación del criollo y del mestizo en los asuntos públicos y en el desarrollo de la cultura. Sin embargo, es el XVII el siglo durante el cual toma cuerpo la consolidación del mestizaje, especialmente en los países de profunda raíz indígena.

Con el creciente liberalismo de los Borbones, que culmina en las postrimerías del reinado de Carlos III y los comienzos del de Carlos IV, los adustos controles anteriores se hacen más flexibles; llegan a las bibliotecas las obras de los enciclopedistas, con

frecuencia traídas y manejadas por los jesuitas (¿no contribuyó este factor acaso al clima que acarrearía la expulsión?); escritores sagrados, poetas gongorinos, artistas mulatos y mestizos, músicos, de profundo saber y ecuménica preocupación, dan forma a la diversificación de ideas, estilos, expresiones que discurren paralelos y agrupados en los ambientes europeizantes de las ciudades principales y en los mulatos y mestizos de las secundarias (23), ambivalencias que no pocas veces se funden, como en Potosí, en Arequipa, en Antigua, en los aldeaños de Puebla, en Ouro Preto, en Diamantina. De hecho, lo esencial de la identidad americana adquiere ya contornos definidos en las múltiples facetas del Barroco tardío. En la maduración de este período creador, además, ya se ha dicho, participan de manera activa criollos, mulatos y mestizos. (24)

Si la comparación de la estructura del imperio español con la rueda de una bicicleta, en la cual los radios y sus extremos representan a las “provincias” y el eje a la Casa de Contratación, es relativamente válida para los siglos XVI y XVII, no lo es en absoluto para el XVIII y los comienzos del XIX. Virreinos y Capitanías desarrollaron con el tiempo relaciones de toda índole. También hostiles competencia, sobre todo en el terreno económico. Lima y Buenos Aires litigaron entre sí y ante la corte por el dominio del mercado altoperuano; la consecuencia final fue nada menos que la creación, con el consiguiente desgajamiento de la unidad étnica y ecológica de la Audiencia de Charcas, del Virreinato del Río de la Plata. El Reino de Chile (Capitanía General), que dependía teóricamente del Virreinato del Perú, peleó ceñudamente con éste hasta conseguir la creación del Consulado de Santiago con real independencia en el manejo del intercambio comercial. Las relaciones, no sólo comerciales, entre México y Venezuela se intensificaron considerablemente al finalizar el siglo XVIII.

Para estos tiempos, los criollos ejercían una poderosa influencia en los Cabildos. De ellos salieron los primeros conatos de independencia y en ellos se afirmó la aristocracia terrateniente, que ya no era en su mayor parte española, en el empeño por independizar el comercio indiano de la metrópoli; logró mantener, además, un sistema de fijación de precios en su propio beneficio que se proyectaría, en vísperas de la independencia, en el control de los mercados, en los aranceles artesanales, en una incipiente industrialización que el “libre comercio” ahogó en germen poco después.

Los hombres que alimentaron estas ideologías fueron, casi todos ellos, los mismos que sentaron las bases teórica en materia de política económica después de proclamada la independencia. Pero los inspiradores de las “Sociedades de Amigos del País”, proteccionistas e incluso con aspiraciones autárticas, se deslumbraron —o fueron arras irados por la “modernidad” tan

deseada y postergada— por los éxitos de la libertad de comercio en los países modelo que acumulaban los beneficios de tres siglos de experiencia financiera y entraban en la revolución industrial.

Este candor digno de mejor causa selló quien sabe por cuanto tiempo, el sino fatal del desarrollo iberoamericano; exportación de materias primas a cambio de productos elaborados, con la consiguiente supeditación de tales términos al manejo de los países productores de bienes de consumo y la inevitable estratificación social de abismantes proporciones.

Las fuentes de producción de materias primas exportables siguieron en manos de la misma aristocracia terrateniente que se había adueñado de los Cabildos y, desde ellos, afirmado la independencia. Para asegurarse el poder, se aliaron con los “caudillos” seguidores de los grandes héroes libertadores. Bien es cierto que, en la mayoría de los casos, tales “caudillos” gustaron de los deliquios del mando y se transformaron de manipulados en manipuladores. Este fenómeno explica la crónica vigencia del militarismo iberoamericano y, sobre todo, las razones del mencionado desencanto a que he hecho y seguiré haciendo referencia.

La revolución industrial europea y norteamericana repercutió en los países de la América hispano-portuguesa en la sociabilidad y en la economía. Mayor, aunque la influencia del ferrocarril (1837 en Cuba), la navegación a vapor (1840) y el telégrafo (1850), fue la derivada de los capitales extranjeros, casi siempre concentrados en los servicios públicos y en los financiamientos bancarios. Nuevas fuentes de ingreso —siempre a base de materias primas— como el guano, el salitre, el cobre, se sumaron a los productos tropicales tradicionales y dieron origen a una nueva clase de hombres de empresa que comenzó a disputar el poder económico a la antigua minoría de terratenientes. El señuelo de tierras ricas, vastísimas e inexploradas atrajo más y más inmigrantes de Asia y de Europa. La abolición de la esclavitud y de los mayorazgos barrió con los restos jurídicos de una herencia basada en enormes diferencias sociales. Pero la redistribución del ingreso se mantuvo en igual o peor situación que en el pasado.

Al finalizar el siglo, el eufemismo del emporio del mundo genera una incipiente mentalidad de autosuficiencia que atisba ya crecientes reacciones de desencanto al comprobarse que la realidad no cuadra con las ilusiones, imagen exacerbada por la comparación con la paz victoriana europea que se vanagloria de los resultados de la revolución industrial en la que la América hispano-portuguesa no participa. Las gentes de más poder y dinero se ufanan de su calidad de tránsfugas, ejemplarizada, para un país de modestos recursos como Chile, por Blest Gana en “Los trasplantados”. Una pequeña minoría se beneficia,

haciendo gala de su megalomanía y de su riqueza, con la demanda de determinados productos básicos. Argentina surge como el granero de una Europa super poblada y la refrigeración de sus carnes la sitúa a la cabeza de este mercado. Chile acapara hasta 1917 el mercado del salitre. El estaño de Bolivia no tiene competidores. Pero estas súbitas riquezas apenas generan transformaciones en la estructura social. Persisten las bajas tasas de crecimiento, tanto del PNB como de la población activa; los niveles de vida siguen siendo muy bajos y las necesidades fiscales no se cubren con impuestos, sino con el endeudamiento externo o con las entradas que producen las aduanas - de vieja tradición y de persistente importancia también en España— rara vez reinvertidas en beneficio común.

Sin embargo, hacia 1920, comienzan a advertirse cambios que serán importantes en la estructura social, sobre todo en los países del “Cono Sur”. Una incipiente clase media hace irrupción como fuerza opinante —e incluso llega al poder con Irigoyen en Argentina y Alessandri en Chile— e inicia las primeras presiones reales en la Historia de América por mejorar los términos de la redistribución del ingreso, en forma muy diferente a la explosión, originada por motivaciones similares en su esencia pero profundamente disímiles en el desarrollo de la revolución agraria mexicana. Los procesos encauzados por Irigoyen y Alessandri lo fueron “a la europea”, sobre todo en su proyección sindical ulterior. La mexicana fue una revolución totalmente “a la americana”.

Mientras México se desangraba en la guerra, o mejor, las guerras civiles, en la mayor parte de los restantes países iberoamericanos un relativo progreso material ocultaba, tras un espejismo que pocos intuyeron, el artificio de una realidad que nadie fue capaz de manejar. Los préstamos del exterior, cuando todavía no se vislumbraba el irremediable límite a la capacidad de endeudamiento, salvaban momentáneamente la situación y los “gobiernos fuertes” justificaban sus tropelías con el señuelo de grandes obras públicas, muchas de ellas inoperantes y demagógicas. Tales regímenes, de aparente opulencia, no pudieron resistir la crisis de 1929 ni menos la consiguiente y devastadora deflación. Nuevas fuerzas políticas hasta entonces no comprometidas y la presión abrumadora de las masas amenazaron de muerte a la antigua aristocracia terrateniente y a la relativamente nueva clase de empresarios adinerados. La conciencia del pauperismo crónico en una abrumadora mayoría forzó a la improvisación de otras formas de intervención del Estado.

Al finalizar la segunda guerra mundial comienza a tomar bríos la teoría desarrollista que se intenta llevar a la práctica mediante la industrialización acelerada. Con la obtención de más y más capitales externos, el establecimiento de sistemas cambiarios complejísimo

y los controles de divisas, entre otras medidas de gabinete, se pensó ingenuamente saltar las etapas esclavizantes y violentas de la revolución industrial y entrar por arte de biribilique en el círculo reducido y cerrado de los países ricos. La realidad se encargaría pronto de destruir el mito.

Hemos tratado de evitar eufemismos y disimulos, al resumir el proceso generador de las raíces del desencanto, que se hundan en el desarrollo de las estructuras económico-sociales. A diferencia de la formulación de Francisco de la Maza sobre la pintura colonial mexicana “Creamos muy poco y mucho copiamos. Pero, eso sí, tuvimos buenos maestros” (25); en materia de estructuras políticas, económicas y sociales, se ha copiado también mucho. Y se ha copiado mal. Los fundamentos de la identidad latinoamericana es preciso rastrearlos por otros caminos, porque no todo ha sido acumulación encadenada de variados obstáculos,

En honor a la brevedad, conviene singularizar esta suma de factores positivos en tres aspectos de la creatividad latinoamericana: el pensamiento humanista, la literatura y las artes visuales y espaciales en cuanto resumen que antecede al resto de estas notas.

Se ha sostenido con insistencia que la “noche colonial” negó toda posibilidad de pensamiento que no fuera el encuadrado en un tomismo recalcitrante e inquisitorial. Un simple repaso del “Barroco de Indias” de Mariano Picón Salas, bastaría para poner en tela de juicio tan dudoso predicamento. En todo caso por lo que atañe a la América independiente, el proceso de imitación a Europa culmina con el positivismo. Más si el positivismo fue también una postura espuria, francesa, “importada”, contra la que habrían de reaccionar primero Rodó y, después, Vas Ferreira, Alejandro Deústua, Alfonso Caso y Enrique Molina, sus inmediatas consecuencias darían lugar a dos postulaciones fundamentales, de las que arranca la posibilidad, no sólo de una filosofía en Hispanoamérica, sino de una filosofía hispanoamericana, con los extremos, al sur, en Molina y en Francisco Romero y, en México, en Samuel Ramos. De una parte, con la exploración de lo americano basada en el directo desentrañamiento de sus esencias, encauzado, sobre todo, por mexicanos (el propio Ramos, Zea, Octavio Paz en su “labrinto de la soledad”), y más recientemente en su denso estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe. (Barcelona, 1982), para el siglo XVII, Carlos Fuentes en “Tiempo de México”, que no toda filosofía está hecha solo por filósofos). De otra mediante la profundización de lo universal y la inserción en este universo de lo americano, a partir de Millas, Romero y Vaz Ferreira y abarcando las múltiples aproximaciones de la filosofía contemporánea. En procura de una síntesis, Leopoldo Zea supera el arrastrado conflicto,

cierto o no, del complejo de inferioridad que descarnada y valerosamente atacara Samuel Ramos en “El perfil del hombre y de la cultura en México” y revierte el nutrido caudal de sus preocupaciones e incitaciones en un apelativo humano, “sin más”: “El hombre concreto y universal al igual que las expresiones de su pensamiento; ¿filosofía latinoamericana? No, filosofía sin más, que lo latinoamericano se dará ineludiblemente, será la respuesta de la filosofía latinoamericana a la pregunta sobre su propia existencia” (26).

El éxito de la nueva novela generó una explicable arrogancia al calor de la cual los americanos no sólo entraban, por primera vez en la historia, en el mercado mundial de la literatura, sino que cumplían la misión de salvar el género de su inevitable decadencia en Europa, como consecuencia de la proliferación de un arte que se ha llamado sin sarcasmo “de detritus”.

El “boom” no determinó, en modo alguno, el quehacer de toda una generación. Entre “Los pasos perdidos” de Carpentier y “Los Premios” de Cortázar median, no sólo un largo interludio de tiempo, sino distancias profundas de actitud y de técnica con las ejemplares de “Crónica de una muerte anunciada” de García Márquez y “La casa de los espíritus” de Isabel Allende.

En todo caso, los novelistas hispanoamericanos se incorporaron, volitiva o fortuitamente, a las “técnicas” internacionales del empleo descarnado de la expresión oral, a veces incluso grabada directamente en una cinta magnetofónica. Se ha señalado con acierto el tránsito, con la expansión de la tecnología, del lenguaje fonético de los criollistas al dialecto hablado, procedimiento que hubo de ceder ante el nuevo deleite en la torcedura de la sintaxis, sobre todo en Cuba (Cabrera Infante, Lezama Lima, ya hemos mencionado a Alejo Carpentier como el antecesor), en coincidente y nueva floración de un barroquismo consustancial entre los trópicos.

Cabe cerrar estas líneas sobre los ingredientes más positivos en procura de una caracterización de la identidad latinoamericana con la referencia a nuestros Premios Nobel de Literatura. Puede alguien poner en tela de juicio los merecimientos de Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Lo que nadie podría regatearles es su capacidad para descubrir a millones de lectores de los cinco continentes mucho más acerca de la entraña y de la identidad latinoamericana que montaña de sesudos papelotes.

En el enunciado de los caracteres que determinan la identidad cultural de cualquier grupo humano, grande o pequeño, deberán eliminarse por cierto las actitudes nacionalistas estrechas y xenófobas, por cuanto, en última instancia, tanto la identidad nacional como la regional —y aún la continental, en caso de que existan— resultan de la amalgama entre lo propio y lo adquirido y de la capacidad para asimilar y reinterpretar los patrones

universales vigentes.

Los procesos de asimilación y readaptación de estos patrones produjeron en Asia y en África resultados muy diferentes de los acarreados en la América hispano-portuguesa. En aquellos continentes, incluida la sedimentación de una cultura luso-tropical propuesta por Gilberto Freyre, (27) los europeos explotaron sin compasión a los pueblos “débiles e inferiores” y no dejaron otras huellas que las de ciertas estructuras administrativas trasplantadas e ineficaces al término de la era colonialista. No produjeron ninguna fusión de elementos culturales capaz de generar formas mestizas diferenciadas de importancia. Por ello, las expresiones originales anteriores al dominio extranjero se fuerzan y aspiran a incorporarse al resto del mundo en marcha manteniendo las más de sus características peculiares. Esta realidad es válida para las grandes civilizaciones milenarias orientales como para las más recientes del Norte de África. En cambio, Iberoamérica fue el producto —y sigue siéndolo— de la fusión, con mucho de confusión, de valores externos europeos y de muchos valores preexistentes.

Por otra parte, los patrones impuestos por los europeos desde la conquista hasta la independencia, con todo lo que tuvieron de extraeuropeos en razón de la extraeuropeidad de España, hubieron de ser aceptados en América quieras que no, a la fuerza. A su vez, después de la Independencia, el acercamiento a Europa, con y sin España, en cuanto modelo y a su proyección casi literalmente calcada más tarde en Estados Unidos, fue volitiva e irrenunciable.

El complejo racial, lejos de disminuir con la conquista de la libertad política, aumentó al proliferar una suerte de “arribismo” social, que sólo comenzaría a superarse con el ejemplo y la práctica de los intelectuales desde el comienzo de la Revolución agraria en 1910 en México y que, mucho después y con menos fuerza, se extendería a otros países de creadora raíz indígena, como el Perú y Bolivia. Con el tiempo, el viejo conflicto entre el orgullo y la arrogancia del criollo “europeo” frente a la humillación soslayada del mestizo, del indio, del negro y del mulato, vendría a tomar forma en el conflicto político-social de la lucha de clases, especialmente en los países que más blasonan de su “pureza de sangre”.

Tanto las transformaciones culturales derivadas del desarrollo tecnológico y de la exacerbación del consumo, como su reflejo en el arte, han discurrido en España, Portugal e Iberoamérica en forma paralela desde el distanciamiento de las dos naciones ibéricas, arrastrando en él a sus dominios americanos, de la Europa burguesa, capitalista e industrial, (“que inventen ellos”). Este distanciamiento arranca de los albores mismos del capitalismo, generado éste en buena parte y precisamente por el “oro de Indias”. Durante el

largo período de tres siglos que culmina con la revolución industrial, en la que ni España, ni Portugal, ni menos aún sus proyecciones americanas, participan apenas, estos países han reaccionado a los estímulos extremos, a la modernidad con notable reluctancia. Proclives a caer en los extremos, descuidadas, al amparo otrora de una supuesta prevalencia de lo “espiritual” frente a lo “material” (29), en la tarea de aprovechar en beneficio de las mayorías las crisis mundiales —con notables diferencias derivadas de sus respectivas posiciones “geopolíticas”— creyeron encontrar las soluciones a sus viejos problemas de estratificación social y de precaria industrialización en la panacea del desarrollo económico, mediante las inyecciones permanentes de capital extranjero, apoyado recientemente en las empresas multinacionales que estimularon y estimulan una industrialización de remplazo, cobrando, por cierto, cuantiosos “royalties” e imponiendo, de paso, la nomenclatura extranjerizante de sus productos. Se han aceptado y asimilado de los centros de poder que dirigen el mundo, sobre todo de los Estados Unidos, aunque también de Europa al norte de los Pirineos y del Japón, las formas más pedestres de su expresión, no las que deberían haber sido desiderátum en el reconocimiento de sus virtudes, verbi gratia, la limpieza de calles y campos, el considerar éstos como bien común, no como basurero público, el disfrute de la herencia cultural como un sagrado privilegio que se debe cuidar a todo trance, por muy poderosas que sean las fuerzas políticas y económicas que conspiran en su contra, especialmente las generadas por la voracidad inmobiliaria. Las repercusiones de estos procesos económico-sociales en la cultura han sido enormes. A su vez, han generado una conciencia de autoafirmación de evidentes resultados, en el pasado y en el presente.

Quienes sin negar la realidad de “Tercer Mundo” luchan por destacar lo propio en todo lo que tiene de valiosos y autoafirmarse en sus esencias, ni mejores ni peores que otras, sino distintas, tratan de diferenciar y delimitar lo que fue y es patrón externo (sin rechazarlo por principio, sino asimilando lo que le cuadra) y lo que resultó y resulta de la readaptación, modificación o transfiguración de tales patrones que, amalgamados con, los propios de antiguo, producen un resultado final específico y les permiten su inclusión, con personalidad propia, en la cultura universal.

En todas las expresiones propias iberoamericanas, se repite la vigencia del hecho histórico que resume las tesis enunciadas: las etapas de creación y originalidad, al margen del empleo en mayor o menor grado de un lenguaje universal contemporáneo, corresponden a determinadas etapas en el vaivén crónico entre libertad y carencia de libertad.

NOTAS

1. América Latina, Iberoamérica, son nombres impuestos. Tal vez llegue un día —soñar no cuesta nada— en que América será entendida y llamada, al contrario de lo que ahora sucede, por lo que tiene de americano, es decir, por el resultado de la fusión de lo indígena con lo aportado por el invasor, no por el nombre forzado por el europeo trasplantado que eliminó al indio y separó al negro. En ese remoto día se dirá “americano” al referirse a quienes hablan el castellano, el portugués y las lenguas aborígenes, “anglo-americano” al que sólo habla el inglés y “franco-americano” al que sólo habla el francés en parte del Canadá y parte del Caribe.
2. La preocupación, con mucho de obsesión, por determinar la identidad ibero o latinoamericana alcanzó en nuestro siglo su clímax en el decenio 1960-70. No deja de ser curioso que los más, entre la larga lista de notables, comienzan sus postulaciones con un “hasta cuándo insistimos en esta manía de buscar nuestra identidad”.
3. BELLO, ANDRES: Obras completas. 15 vols. Santiago de Chile, 1881-1893. *Ibid.*: Caracas, 20 vols. 1951-1962. Antología. Selección y prólogo de Pedro Grases, 2a. ed. Caracas, 1953. Obras completas. 7 vols. Madrid, 1882-1905.
4. OLMEDO, JOSE JOAQUIN: Obras principales: “La victoria de Junín. Canto a Bolívar” (1825); “Al General Flores, Vencedor de Miñarica” (1835).
5. SANTA CRUZ Y ESPEJO, FRANCISCO EUGENIO: “Nuevo Luciano o Despertar de Ingenios” (Cf. ARIAS, AUGUSTO: Panorama de la literatura ecuatoriana, Quito, 2a. ed. 1948).
6. RODO, JOSE ENRIQUE: Obras completas. Compilación y Prólogo de Alberto José Vaccaro. Buenos Aires, 1948, *Ibid.*: Estudio preliminar de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 1957. Rodó. Prólogo y Selección de Samuel Ramos, México, 1943.
7. LASTARRIA, JOSE VICTORINO: “Las investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile”. Santiago de Chile, 1844. *Ibid.*: “Bosquejo Histórico de la Constitución del Gobierno de Chile...”, Santiago de Chile, 1848.
8. BILBAO, FRANCISCO: “El Evangelio Americano”, Santiago de Chile, 1864. *Ibid.*: “Sociabilidad Chilena”, Santiago de Chile, 1844.
9. MARTI, JOSE: Obras completas, reunidas por Gonzalo de Quesada, 16 vols. 1900-1933. *Ibid.*: 5 vols. Caracas, 1964, *Ibid.*: (en proceso de publicación), La Habana, 1963.
10. HOSTOS, EUGENIO MARIA DE: Obras completas. 21 vols. La Habana, 1939-1954. Antología. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña, Selección de Eugenio Carlos Hostos. Madrid, 1952.
11. SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO: Obras de D. Sarmiento, 52 vols. Santiago de Chile, 1885-1903. Obras escogidas. 18 vols. Buenos Aires, 1938. Viajes. 3 vols. Buenos Aires, 1959.
12. GONZALEZ PRADA, MANUEL: Obras completas. Prólogo de Luis Alberto Sánchez, 4 vols. Lima, 1946. Pensamientos. Selección y Prólogo de Campio Carpio. Buenos Aires, 1941.
13. MONTALVO, JUAN: Juan Montalvo. Selección de G. Zaldumbide. Puebla, 1960. Páginas escogidas. Selección y Prólogo de Arturo Giménez Pastor. Buenos Aires, 1952.
14. En Chile hallaron asilo: el colombiano Juan García del Río; los argentinos Miguel Piñero, Félix Frías, Demetrio Rodríguez Peña, Juan Bautista Alberti, Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Domingo del Oro, Gabriel Ocampo, Carlos Tejedor; el oriental Juan Carlos Gómez; los venezolanos Tomás Cipriano de Mosquera, Luis López Méndez, Francisco Michelena; los bolivianos Ballivián y Casimiro Olañeta, además de otros intelectuales de menor figuración.
15. SANIN CANO, BALDOMERO: “La Civilización Manual”, Bogotá, 1925. “El Humanismo y el Progreso del Hombre”, Bogotá, 1955.
16. REYES, ALFONSO: Obras completas, 16 vols. México, 1955-1964. La última Tule, México, 1924. Pasado inmediato y otros ensayos. México, 1941.
17. HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: “Obra Crítica”, México, 1960. “Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión”, Buenos Aires, 1952. “Plenitud de América. Ensayos Escogidos”. Buenos Aires, 1952. Las corrientes literarias en la América hispánica. México, 1956.
18. PICON SALAS, MARIANO: “De la Conquista a la Independencia”, México, 1944. “Europa-América. Preguntas a la Esfinge de la Cultura”, Caracas, 1947. “Crisis, Cultura, Tradición”, Caracas, 1956.
19. VASCONCELOS, JOSE: “La Raza Cósmica”, Madrid, 1934, “Indoiogia”, México, 1924, “Ulises Criollo”, México, 1935. Obras completas, 4 vols. México, 1957-1959.
20. MARTINEZ ESTRADA, EXEQUIEL: “Radiografía de la Pampa”, Buenos Aires, 1933. “Semejanzas y Diferencias entre los Países de América Latina”, México, 1954.
21. MARIATEGUI, JOSE CARLOS: “Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana”. Santiago de Chile, 1955.
22. Cervantes hace decir de las Indias, a uno de sus personajes en “El celoso extremeño”, “... refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman cierto los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos...”.
23. En nuestro estudio acerca del mestizaje cultural en el Cuzco se incluye una bibliografía básica del tema. Cf. Leopoldo Castedo: “The Cuzco Circle”. Caracas-New York, 1976, pp. 129 ff.
24. Lugar de nacimiento de los obispos del Cuzco durante el Virreinato: Cuzco, Lima, Buenos Aires, Huánuco, Huara, Huamanga, Arequipa, Paucartambo.
25. MAZA, FRANCISCO DE LA: El pintor Cristóbal de Villalpando. México, 1964, p. 1.
26. ZEA, LEOPOLDO: “La Esencia de lo Americano”, p. 186.
27. FREYRE GILBERTO: Arte, Ciencia e Trópico. En torno de Algunos Problemas de Sociología da Arte. Sao Paulo, 1962.
28. Zea: América... op. cit.
29. Cf. RODO: Ariel... op. cit.